

vements, alléguant que les dispositions du Code de 1983 sur les associations sont conçues pour régir un phénomène différent des mouvements. Malheureusement il ne fournira jamais d'indications concrètes concernant cette loi-cadre qui, à ses yeux, permettrait de pacifier les rapports entre Églises particulières et mouvements, mais aussi de ne pas obliger ces derniers à prendre *pro bono pacis* des décisions contraires à leur sensibilité au plan pastoral ou institutionnel (Annexe 1, pp. 437-439). Ce projet fait l'objet d'un commentaire de Bagnoud (pp. 421-423).

L'ouvrage recensé est donc un instrument utile, équilibré et clair pour comprendre l'importance des charismes dans l'Église et pour découvrir la façon concrète dont trois charismes distincts, mais coessentiels à l'institution ecclésiale, ont pu être reçus dans le droit canonique, avec le soutien de Jean-Paul II, mais aussi grâce aux suggestives élaborations théoriques d'Eugenio Corecco. Ajoutons que, si les trois réalités considérées par l'auteur peuvent être qualifiées de « charismatiques », cela ne signifie nullement que l'Opus Dei puisse être identifié comme un « mouvement », car les prélaturess personnelles relèvent de la catégorie des structures ou communautés hiérarchiques.

Le charisme de l'Opus Dei se caractérise par un unique phénomène vocationnel : qu'ils soient laïcs ou clercs, hommes ou femmes, mariés ou célibataires, les fidèles de l'Opus Dei sont tous appelés à donner leur vie entière pour accomplir la mission de l'Opus Dei dans le monde. Cette vocation ne consiste pas à s'associer afin de réaliser une activité en commun mais requiert un service pastoral sacerdotal approprié pour prendre en charge les exigences spirituelles spécifiques de ces fidèles et de leurs apostolats. L'unité du phénomène vocationnel considéré nécessite une unité de gouvernement portant sur l'ensemble des fidèles, prêtres et laïcs, ainsi que sur le ministère sacerdotal exercé dans le cadre de l'Opus Dei. Ce qui vient d'être rappelé a été juridiquement établi lors de l'érection de la prélaturess personnelle.

Jean-Pierre Schouppe  
Pontificia Università della Santa Croce  
DOI: 10.48275/setd.18.2024.21

Julián HERRANZ, *Dos Papas: Mis recuerdos con Benedicto XVI y Francisco*, Madrid, Rialp, 2023, 392 pp.

Julián Herranz Casado, nacido en Baena (España) en 1930 es un cardenal de la Iglesia Católica. Después de estudiar Medicina es ordenado sacerdote en 1955. Desde 1960 empieza a trabajar en el entorno de la curia romana, especialmente en el campo del derecho de la Iglesia, en un período en que se trabaja en la implantación del Concilio Vaticano II (1963-1965) en el ordenamiento jurídico de la Iglesia. Secretario del principal organismo oficial al servicio del Papa para las leyes de la Iglesia desde 1984, pasa ser presidente de este organismo en 1994 y permanece en el cargo hasta su jubilación el año 2007. Consagrado obispo en 1991, es creado cardenal en 2003; participa en el cónclave de 2005 que eligió papa a Joseph Ratzinger.

El volumen de que se ocupan estas líneas viene a ser la continuación de *En las afueras de Jericó* (Rialp, 2007) en el que el autor vertía sus experiencias vitales y su visión de los acontecimientos eclesiales, con especial referencia a sus relaciones con Josemaría Escrivá y con Juan Pablo II.

Con algunas concesiones a la rememoración de eventos anteriores, el presente volumen retoma el hilo cronológico en 2005 y llega hasta la actualidad. En realidad, más que al devenir de esos casi veinte años, el libro gravita sobre las dos figuras que le dan título: los papas Benedicto XVI (pp. 1-235) y Francisco (pp. 235-384). La referencia a las “figuras” responde a una doble intencionalidad manifiesta, radicada en la fidelidad del autor al papado: la primera reside en una mirada filial a la persona de cada uno de los dos pontífices; la segunda estriba en la defensa de la unidad interior entre los dos pontificados, más allá de las diferencias entre los perfiles y las acciones de los titulares del oficio primacial.

La atención más inmediata a las personas de los papas se plasma en algunos recuerdos de encuentros cara a cara con Benedicto XVI en razón del oficio del autor en la curia romana, y una apreciable cantidad de intercambios epistolares con Francisco. Especialmente valioso y significativo es el que abre el volumen y cumple función de prólogo (pp. 13-17).

Por su lado, la atención a los pontificados se articula principalmente por medio de comentarios a documentos e intervenciones de los dos papas, así como mediante valoraciones de una selección de acontecimientos acaecidos en el entorno del papa y de la curia romana, realizadas desde la perspectiva de su resonancia en la Iglesia y en el mundo.

El comentario interpretativo acerca de documentos y acontecimientos se entremezcla con apreciaciones personales sobre la vida de la Iglesia, en relación a la cual Herranz se presenta como actor y servidor, y de alguna forma como responsable de su destino. Presente en el conjunto del libro como parte de su estilo, en algunos temas aparece con más claridad un talante configurador de la interpretación de los hechos como, por ejemplo, en la valoración positiva de las consecuencias últimas del incidente derivado de las palabras de Benedicto XVI a inicio de su pontificado en Ratisbona (pp. 72-88), en la insistencia a favor de un perfil del sacerdocio ministerial vinculado a la Eucaristía (pp. 165-182) o en la reivindicación, desde una comprensión de la categoría de Pueblo de Dios aplicada a la Iglesia, del papel que les corresponde en ella a los laicos (pp. 98-106, 361-378).

En algunos casos Herranz es testimonio directo de los hechos, como en el encargo recibido de Benedicto XVI para investigar el conjunto del fenómeno Medjugorje (pp. 153-161) y la comisión Vatileaks, tanto en su desarrollo (pp. 189-200) como en la atención que obtendría en el precónclave de 2013 (pp. 223-229). Están menos explicitadas las alusiones a su intervención en las relaciones entre la Santa Sede y la Iglesia en China (pp. 83-84), y a ciertos encuentros con personas afectadas por las sanciones impuestas a los seguidores de Lefebvre y a la posible resolución de la rotura eclesial (pp. 136-137). En relación a estos encargos se describen hechos más bien periféricos y en forma alusiva, hasta donde alcanza la discreción obligada y asumida como prin-

cipio. Tal discreción, debida al papa y a la Santa Sede, corre paralela con el proverbial respeto recíproco entre los miembros del colegio cardenalicio, casi solo matizada en relación a los protagonistas de la llamada *correctio filialis* a Francisco (pp. 288-289).

Algunas iniciativas del autor en relación a los papas pueden ser reconducidas a una comprensión activa de la condición cardenalicia, que le lleva a proponerles determinadas acciones. Junto a comentarios que expresan una filial solidaridad por actuaciones (o sufrimientos) de los papas, algunas propuestas son más concretas, como la invitación dirigida a Benedicto XVI a publicar una encíclica sobre el celibato apostólico (pp. 183-188) o la sugerencia de formas específicas de afrontar el problema de los abusos, cursada a Francisco (pp. 308-318).

El conjunto del texto, sosegado y sereno en la consideración de acontecimientos y personas, cambia de inflexión para tornarse sombría especialmente en dos temas: los abusos clericales de los que se ha tomado especial conciencia en las últimas dos décadas en la Iglesia, y la abierta oposición al pontificado de Francisco por parte de algunas instancias sociales y eclesiales (pp. 285-301).

En la parte final del libro, que se refiere a la actualidad, reaparece la experiencia de jurista de la Iglesia que ha marcado el itinerario del autor: una breve valoración de la constitución apostólica *Praedicate Evangelium* de papa Francisco sobre la curia romana (pp. 356-357), una objeción sobre la administración de la justicia en los tribunales del Estado de la Ciudad del Vaticano (pp. 358-359) y un comentario sobre la expresión práctica de la sinodalidad (p. 358). A propósito de la actualidad, junto con una lúcida consideración sobre la guerra en Ucrania (pp. 319-342) sorprende el silencio acerca la situación de la Iglesia en Alemania.

El índice de nombres supone un buen complemento para un libro que en su momento podrá servir para acceder los acontecimientos de los que autor es protagonista o testigo cualificado. Ofrece una ayuda útil una sencilla cronología de los pontificados de Benedicto XVI y del de Francisco hasta la fecha.

El autor, que pertenece al Opus Dei desde 1949 y que trató de cerca al fundador, Josemaría Escrivá, durante más de veinte años, manifiesta en diversas ocasiones, al hilo de recuerdos o eventos relacionados con los dos papas, junto con su filial devoción, la sintonía de fondo con el fundador y con su entrega a la misión de la Iglesia. A diferencia de lo que ocurría con el precedente volumen de 2007, hay pocas referencias al Opus Dei. Algunas toman pie de personas o apostolados de fieles de la prelatura; en el plano institucional hay una breve referencia al cambio de competencia en la curia romana sobre las prelaturas personales, asignada desde 2022 al Dicasterio para el clero (p. 358).

En una perspectiva histórica el volumen es acreedor de una valoración semejante a la que se ofreció en esta misma revista a propósito de *En las afueras de Jericó* del mismo autor: «como ocurre con toda obra del género literario “memorias”, no cabe esperar un tratamiento historiográfico preciso de los acontecimientos y fenómenos narrados: éstos suelen elegirse en función de la importancia que les concede el autor según criterios puramente subjetivos, que tienen que ver con su experiencia vital y biográfica; además, están filtrados por la propia memoria del autor: en definitiva,

suele haber un fuerte componente subjetivo. No obstante, todo el mundo sabe que las memorias son una fuente inestimable para los historiadores: en ellas se pueden encontrar acontecimientos poco conocidos, la percepción que un personaje o un grupo tenía de una determinada situación; el análisis comparativo de las memorias de distintos autores puede arrojar luz sobre las relaciones interpersonales, las redes de amistades o las colaboraciones en un entorno (en este caso el romano y el vaticano), puede llevar a comprender las distintas motivaciones, aspiraciones, acciones y reacciones que tejieron la historia de un grupo humano en una época determinada» (Carlo Pioppi, [Recensión sobre: *Nei dintorni di Gerico: ricordi degli anni con san Josemaría & con Giovanni Paolo II*], «Studia et Documenta» 3 (2009), p. 445).

Estas percepciones son compatibles con las que valoran positivamente el estilo y la finalidad que persigue el autor, marcados por la vitalidad, la mirada aguda y la adhesión incondicional a la Iglesia: «Espero que algunas de estas reflexiones y testimonios personales le hayan sido útiles [al lector] y, sobre todo le hayan ayudado –por encima de las miserias de parte de sus hijos– a comprender y a amar más la grandeza de este instrumento divino de salvación del mundo que es la Iglesia de Jesucristo» (p. 384).

Fernando Puig

Pontificia Università della Santa Croce

DOI: 10.48275/setd.18.2024.22

Alfredo MÉNDIZ, *Tomás Alvira: vida de un educador (1906-1992)*, Madrid, Rialp, 2022, 369 pp.

¿La vida de un educador del siglo XX puede tener interés para ser biografiada? Sólo por el hecho de atravesar los tan diferentes regímenes políticos que conoció ese siglo, la elección que Alfredo Méndiz ha hecho de la de Tomás Alvira interesaría. Nace en 1902, con Alfonso XIII estrenándose como monarca; conoce a su futura mujer en 1926, durante la Dictadura de Primo de Rivera; se licencia y da sus primeros pasos profesionales cuando se proclama la II República; se traslada a Madrid para preparar las oposiciones y estalla la guerra civil; se casa, tiene hijos, trabaja durante los años del franquismo y continúa con la misma actividad cuando llega la democracia a España. Muestra que las personas viven y desarrollan sus talentos en la sociedad en la que se encuentran, surcando los avatares políticos ajenos a veces a ellos, navegando en ocasiones con el viento a favor y otras en contra.

En el título de la obra, *Tomás Alvira: vida de un educador (1906-1992)*, Méndiz destaca su dimensión pedagógica, sin embargo, la aproximación que realiza a su semblanza es poliédrica y, por tanto, más rica. Da cabida a su vida personal y aparece un dato fundamental: Alvira es uno de los tres primeros supernumerarios del Opus Dei, lo que dota a la biografía de un interés especial pues permite rastrear en ella lo genuino de esa espiritualidad nacida a inicios del siglo XX.